

El Guardia Menino

*Apunte de sainete enquerino, original de
Emilio Granero y Pepe Ciges.*

A nuestro buen amigo
Miguel Pau.

La escena en casa de la tía Yala. En la mesa,

*escribiendo, Barbereta. Un pequeño repique
de aldaba, y por detrás de la cortina asoma
de cuerpo entero Benigno, guarda de campo,
con todos los atributos de su cargo.*

BENIG. ¿Dan su premiso?

BARBE.

Adelante.

BENIG. Buenas tardes.
 BARBE. (¡Pa tu agüela!)
 BENIG. ¿No está la señora Luisa?
 Mosita: ¿Qué burla es esa?
 Digo si está en casa el ama.
 ¿Contestas o no contestas?
 BARBE. Yo no cruzo la palabra
 con los guardias sinvergüenzas.
 BENIG. Eso, niña, ¿va por mí?
 Repítelo, dita sea...!
 YALA. (Desde dentro.)
 Barbereta, sal a abrir...
 BARBE. Si no está cerrá la puerta...
 YALA. ¿Qué pasa pues?
 BARBE. Es el guardia
 más creminal que hay en Engra...
 BENIG. ¡Ojo, niña, en lo que dises
 porque te arranco la lengua!
 BARBE. ¡Atrívase, tío Menino,
 atrívase...!
 BENIG. ¡Dita sea...!
 YALA. (Saliendo precipitada sorprende a
 Barbereta con el botijo en la mano
 amenazando al guardia.)
 YALA. ¿Qué pasa, qué es este escándalo
 en mi casa, Barbereta?
 BARBE. ¡Ixe tío tié la culpa,
 tía Loísa, de que estea
 en el Modelo mi padre,
 sólo por ir a hacer yerba.
 Lo del chivo no lo dises.
 BENIG. ¿Qué chivo?
 YALA. Adiós, ahí se quedan,
 ya tornaré cuando ixe
 tío canalla aquí no estea... (Mutis.)
 BENIG. ¡Y que uno tenga que oír
 estas cosas, dita sea...!
 Disculpe, señora Luisa:
 Cuando median las ofensas
 pierde uno la ducación
 y ni a las damas respeta.
 Diga usted, señora Luisa,
 que uno estaba en casa ajena,
 y en respeto a usted, señora,
 y a las canas que usted peina...
 YALA. Muchas gracias. Pero yo
 no sé a qué vino esa gresca.
 Pero por Dios, siéntese,
 arrímese usted a la mesa.
 La verdad, yo no me explico
 lo que ha hecho la loca esa.
 Pero siéntese, caramba,
 tome usted asiento en la mesa.
 BENIG. To dimana de un mal día
 que su padre fue a hacer yerba,
 según él, a unos ribazos
 de la finca de Lusena.
 Casualmente yo pasaba
 por allí, dando la vuelta,
 y lo vi por el camino
 que iba con un saco a cuestras.
 ¿Dónde se va, Crevillén?
 ¿En ese saco qué llevas?
 «Mire, un poco de cerrillo
 pa echárselo a las conejas.»

Miré el saco, y en efecto,
 lo vi llenito de yerba,
 sin sospechar que en el fondo
 el contrabando estuviera.
 Pero al rato oí una voz
 que decía: «¡Benigno, venga!»
 Era un pastor. Miguel Pau,
 por si quiere usted más señas.
 «Benigno, me falta un choto.
 ¿Tienes alguna sospecha?»
 «Hombre..., he visto a Crevillén
 rondando el ganao de cerca...»
 Me dio la corazoná
 y pensé: «El ha sío, por fuerza...»
 Mire usted, señora Luisa,
 Crevillén suelto, ¡no vea!
 Todos los guardias juraos
 del término y de la sierra
 lo hemos arrestao mil veces
 por ladrón y no escarmienta...
 (Pausa. Lía un cigarro.)

YALA. ¿Pero el choto en qué quedó?
 ¿Hubo sustracción o pérdida?
 BENIG. Señora, la duda ofende.
 Mediando ese sirvergüenza...
 YALA. ¿Y usted lo pudo probar?
 BENIG. Yo no. El y su parentela
 ya lo creo que lo probaron
 aquella noche en la cena.
 YALA. Cuente, cuénteme Benigno;
 esa historia me interesa.
 BENIG. Pues mire, señora Luisa,
 como el pastor dio la queja,
 yo tenía que investigar
 y por eso, con las mismas,
 me fui a casa Crevillén
 aquella noche...

En la puerta
 me dio al fato un aulorcillo
 de un guiso de cosa güena,
 de esos que en Extremaúra
 suelen decir caldereta,
 que es de chivo, ¿sabe usted?,
 bien aderezao de especias
 que huelin, y está de rico
 como usted no tiene idea,
 porque es que lleva una salsa
 con un poquillo pimienta
 que es que, te deja un regusto
 en la punta de la lengua
 que...

YALA. (Bostezando.)
 ¡Por Dios, no siga usted hablando
 de cosas tan succulentas
 que me hacen la boca agua
 y el apetito despierta...!
 Y nadie pasa más hambre
 que las maestras de escuela...
 BENIG. Precisamente he venío
 en busca de usted, maestra,
 por si no hay inconveniente
 en dar lección a mi nena.
 Yo sé que sabe usted muncho,
 y la verdá, pues quisiera

- que si no hay inconveniente me la entrara usted en vereda...
- YALA. ¿Inconveniente? ¡Por Dios, para algo tengo la escuela!
- BENIG. Es que verá, verá usted: No me gusta que ella aprenda ciertas cosas que, en costura, las chiquillas me la enseñan. De las monjas, no me fio, aunque en verdad son muy güenas, pero enseñan a ser monjas porque otras cosas no enseñan. Y si es las del Magisterio, ya es un caso de conciencia, porque no enseñan ni a hablar el castellano siquiera. Y en cuestión de ducación, ¡qué he de decirle, Maestra! Ni a respetar a los padres, que es el colmo. ¡Qué vergüenza! Mire lo que me ha pasado, doña Luisa, con mi nena. Yo me llamo don Benigno, ¿sabe usted? Bueno, pues ella en vez de decir papá, porque es de buena nacencia, ¿sabe usted cómo me llama? Me llama Menino, a secas, como oye que me dicen las chiquillas de la escuela porque ignoran que yo soy ¡Don Benigno!, sí, Maestra. Porque yo he sólo nombrado por concurso, no se crea, y mi nombramiento vino escrito en letra de imprenta, llamándome don Benigno na menos que *La Gaceta*. Sin embargo, en este pueblo, me llaman Menino a secas, como si uno fuera un gato.
- YALA. ¡Don Benigno, aunque lo fuera!
- BENIG. ¡Qué incultura, doña Luisa, la que en este pueblo reina! Y disculpe si es usted de los que llaman endígenas.
- YALA. No, mire usted, don Benigno, soy de Castilla la Vieja, hija de un viejo maestro que aquí regentó una escuela. Pero conservo en el alma lo que aprendí de pequeña y hablo el castellano puro que se habla en Burgos, mi tierra.
- BENIG. Se nota en la ducación que los dos semos de afuera.
- YALA. ¿De dónde usted, don Benigno?
- BENIG. De la parte de Llerena...
- YALA. Provincia de Badajoz...
- BENIG. ¡Cuidao que sabe, Maestra! Eso lo saben tan sólo Corrales y usted en Enguera...
- YALA. ¿De modo que usted extremeño?
- BENIG. De Extremaúra la güena...
- YALA. Tierra de conquistadores;
- tierra de nobles empresas. Hernán Cortés y Pizarro, de allí, de su tierra eran.
- BENIG. Pero hoy, señora Luisa, hoy ya no quedan Américas y uno sale a conquistar y no conquista ni Enguera, donde chicos más cerriles no los hay en las dehesas. Jamás a un guarda jurao vi apedrear en Llerena, y aquí puede usted admirar cómo traigo la cabeza...
(Se quita el sombrero y muestra la cabeza vendada.)
- YALA. ¿Que a usted le han apedreado?
- BENIG. ¡Digo! Una pasó de piedra que me han tenido que dar, aquí encima de la cresta, cinco puntos de sutura para restañar la brecha...
- YALA. Son los gajes del oficio...
- BENIG. Son los guijos de esos festias.
- YALA. ¿Y a qué vino esa agresión?
- BENIG. Pues que esta tarde, en la Icana, he pillado a una pandilla robando almendrillas tiernas, y cuando el alto les di me dijeron: «¡Paz o guerra!» Y acto seguido empezaron todos a lanzarme piedras, algunos hasta con jonda, y mire usted mi cabeza...
- YALA. Anda, que si se descuida, vamos, es que ni lo cuenta. Puede dar gracias a Dios.
- BENIG. ¡Y el escarnio de esos festias! «Menino, guardia Menino, ves y denuncia a tu agüela!» A mi yaya, pobresita, que pudre tierra en Llerena...
- YALA. ¿Pero aquello del cordero, en qué quedó?
- BENIG. En que aquella misma noche, Crevillén durmió en la cárcel, Maestra. La piel la encontré en la cambra, el Alcalde dio la enquesta, el Juzgao lo procesó y lo reclamó la Audencia. Pronto le harán el joicio, y ya se sabe, a la trena. El Fiscal pide diez años; él tiene más de cincuenta, y ése se muere en presilio como se murió mi agüela.
- YALA. ¿Su yaya también...?
- BENIG. ¡Por Dios, es un dicho de mi tierra!
- YALA. ¡Qué horror! No es tan gran delito para que a un hombre lo tengan toda la vida en chirona...
- BENIG. ¡Lo merece el sinvergüenza!
- YALA. La cosa en sí no es tan grave, cuando el hambre y la miseria

en la casa de los pobres
muchas veces se presentan...

BENIG. Pero es por no trabajar.
¡Que trabaje el sinvergüenza!
YALA. La cosa en sí no es tan grave.
BENIG. Pero es que hay, ¡la rencidencia!,
y eso, señora Luisa,
eso tiene, ¡mucha pena!
No es el chivo solamente,
lo peor es, ¡la rencidencia!
Lo han condenaó tantas veces
que ahora el Fiscal, claro, apreta.

YALA. No hay que extremar el rigor,
siempre es mejor la indulgencia.
Ya Concepción Arenal,
ilustre dama gallega,
famoso hizo un aforismo
que en los presidios campea:
«Odia al delito
y compadece al delincuente.»

BENIG. ¡Cuidaó que sabe, Maestra!
Eso lo saben tan sólo
usted y el señor Ranera.

YALA. Odiar, sí; pero al delito.
Al delincuente, clemencia,
compasión, auxilio, ayuda,
para procurar la enmienda...

BENIG. Todo eso está muy bien,
pero usted no tiene ovejas,
ni fruta en el campo que
poder traerse a su mesa.
Más valdría que los ladrones
en el mundo no existieran
y sobrarían las cárceles...

YALA. Y los guardas en Enguera...

BENIG. Sus palabras, doña Luisa,
son verdaderas sentencias.
¡Hay mucha filonsofía
en lo que ha dicho, Maestra!
Si no hubiera capacheros,
como se dice en Enguera,
estaríamos, seguro,
los guardias juraos en huelga.
¡Hay mucha filonsofía
en lo que ha dicho, Maestra!
Por eso me gustaría
que viniera aquí mi nena
para que aprenda esas cosas
que nadie sabe, Maestra.

YALA. Ya le dije que por mí
no hay inconveniente.

BENIG. Ea;

¿qué libros hay que comprarle?

YALA. Cómprele una Enciclopedia.

BENIG. ¿Ciclopedia? Bueno, bueno.
¿Pero de esas de dos ruedas?

YALA. No se trata de triciclos
ni menos de bicicletas.
Es solamente un librito
que trata de las materias
que debe estudiar la niña.
Eso es la Enciclopedia.

BENIG. ¿Y honorarios?

YALA. Don Benigno,
la costumbre de esta escuela
es una peseta el sábado,
y en semana, lo que pueda.
Fruta del tiempo, ¿comprende?
Albaricoques, ciruelas,
algún que otro meloncillo,
uvas, manzanas o peras...;
en fin, lo que buenamente
pueda traerle a la Maestra.

ALGUACIL. (Desde la puerta.)

Menino, dice el Alcalde
que en su despacho te espera
pa que le emboques el parte
de la pasá ixa de piedra...

BENIG. ¡Lo ve usted, doña Luisa,
otro de Menino a secas!
Ea, con Dios... (Mutis.)

YALA. ¡Don Benigno,
traígame, traiga a su nena...!
(Y no se olvide la fruta,
que en el campo la hay muy buena.)

TELON

